



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe  
[www.virgendeguadalupe.org.mx](http://www.virgendeguadalupe.org.mx)

Homilía pronunciada por **Mons. Dr. Salvador Martínez Ávila**, Vicario Episcopal de Guadalupe, Rector de la Basílica de Santa María de Guadalupe, Presidente del Cabildo, en el XXXII Domingo Ordinario.

11 de noviembre de 2018

Estimados hermanos y hermanas. En este domingo estamos a dos fines de semana, a dos domingos, de llegar a la fiesta de Cristo Rey, que marca la conclusión de las fiestas litúrgicas, es decir, que llegamos al fin del año litúrgico y re-comenzamos el ciclo con la preparación a la Navidad, con el primer Domingo de Adviento.

Por eso hemos escuchado un par de enseñanzas dadas por nuestro señor Jesucristo en sus últimos días de ministerio en Jerusalén, antes de su pasión. Retomaré la segunda enseñanza, que es un comentario sobre la limosna de la viuda, la cual echó todo lo que tenía para vivir aquel día.

Desde el antiguo testamento, a Dios se le hacen ofrendas. Algunas de ellas se hacen como acción de gracias de haber recibido una buena cosecha. Se entregan los primeros frutos, las primicias de la cosecha, las primicias de los animales. En otros casos como el de Abraham, se entregaba la décima parte del botín, después de haber vencido en una batalla. El vencedor pone delante de Dios la décima parte, como lo hizo Abraham ante el sacerdote Melquisedec, Rey de Salem.

Las personas hacían ofrendas a Dios también implorando buena fortuna en un viaje peligroso, o suplicando a Dios ser librados de las persecuciones de los enemigos, de las enfermedades, del pecado, individualmente o colectivamente. En todos esos casos se presentan las personas diciéndole a Dios: te traigo esto, te ofrezco esto.

Sin embargo, valdría la pena que nosotros nos preguntáramos esta mañana: ¿por qué razón se acercó aquella viuda a dar su ofrenda a Dios? Para todos es bastante claro que no acababa de cosechar, que no era ganadera, que no estaba en una circunstancia de guerra y no lo sabemos, porque eso es algo muy interior, si ella estaba ofreciendo algo por el perdón de los pecados. Jesús reconoce que aquella mujer entregaba no solamente la décima parte de sus bienes.

No estaba ofreciendo su diezmo, no. Estaba ella entregando todo lo que tenía de dinero para aquel día. En contraste, los ricos echaban de lo que les sobraba, nos dice el evangelista. Podemos pensar que en el caso de los ricos estaban pagando efectivamente sus diezmos. Jesús declara que la ofrenda de la viuda ha sido la más meritoria de todos. Ella ha echado más que todos los otros.

No sabemos qué sucedió antes. No sabemos que había en el corazón de aquella mujer, ni cuál era el resultado esperado por la viuda, pero sí es claro que ella realizaba un acto de plena confianza en la providencia de Dios, porque ella sabía que Dios es solidario, que Dios es leal.

Un caso análogo, un caso comparable, lo vemos nosotros en la primera lectura de que escuchamos del libro de los Reyes. El profeta Elías pide a la anciana que haga un pan para él, a sabiendas de que el aceite y la harina ya eran muy pocos. La mujer realiza un acto de mucha confianza en la palabra del profeta, y efectivamente le hizo un pequeño pan. Ese acto de confianza obtiene una respuesta leal, una respuesta solidaria, una respuesta honesta de parte de Dios, haciendo que la harina no se acabara en la alforja y el aceite no se acabara en el cántaro.

Con esto podemos notar que el sentido sobrenatural de lo que donamos a Dios, sea como ofrenda religiosa, o como caridad para los que más están necesitando en nuestra sociedad, es una manifestación de la confianza que le tenemos a Dios. Y en este sentido podemos pensar que la mujer viuda del Evangelio era una persona socialmente desvalida, pero no abandonada, nunca abandonada de parte del Señor.

Muchas veces pudiera parecer que las circunstancias lógicas de la sociedad, están en contra nuestra. Pero Dios, y esto lo vemos reflejado tanto en la primera lectura en el Antiguo Testamento, como en la lectura del Evangelio, no se supedita, no se subordina a esa lógica social.

Y yo no lo sé. Recuerdo cuando era adolescente haber visto a trabajadores de la cooperativa que hoy nos visita, pidiendo solidaridad, y ésta ha fructificado, no sólo por la voluntad buena de los que escuchábamos su invitación a ser solidarios, sino por la bondad de Dios que es leal, que es solidario.

Ser audaces en la generosidad en nuestro tiempo, ser generosos en nuestro propio tiempo, en nuestros propios conocimientos, en nuestros recursos materiales, tiene un valor frente a Dios. Y Él no abandona a quien practica este tipo de acciones.

La cultura que pretende imponerse en particular a los jóvenes de hoy en día, le da mayor valor al individualismo y presenta al miedo y a la inseguridad, como lo que más cuenta a la hora de tomar decisiones.

Les invito a que no nos dejemos engañar. La cultura del individualismo y la mezquindad de los solitarios, deja a todos sus adeptos, solos e infecundos. En cambio, la cultura de la confianza en la Providencia de Dios, nos hace fecundos, mucho más allá de lo lógico y de lo que se pudiera esperar.

Alabado sea Jesucristo